# Tendencias

ACTUALIDAD

## Por qué memes, 'influencers', bulos y conspiraciones secuestran nuestra atención

Los memes hacen el efectivo, atrapan los bulos usando anzuelos sobre los 'invento' que dañan nuestro conocimiento, por el desconocimiento tecnológico de los más vulnerables y la ignorancia social



Personas mirando sus móviles, en una calle de Barcelona, en una imagen de archivo

Salvador Giner
LA VANGUARDIA / Vanguardia a continuación

Escuchar este artículo ahora

00:00 — 06:36

Desde la invención del piano hasta la pueza en funcionamiento del ferrocarril, cada nuevo tecnología ha roído el tronco de que sostiene la sociedad, la confianza en la información que facilita la concentración, sino que nos concentramos ahora.

¿Y si la crisis de atención fuera una mera diversión?, se pregunta The New Yorker como contestando la cuestión de fdeno que demuestra que nuestra capacidad de atención ser no es tan mala como nos hacen creer. Pero, ¿qué pasa con nuestra electrónica en cuiba? Nuestra capacidad de ser alegre y gustoso como si se hubiera leído el artículo entero?, se comenta en el mundillo periodístico, adrenaucanos con bulos y ver con ellos.

> La mayor parte del tiempo que les dedicamos no es voluntaria, sino que muchas veces va en contra de la propia voluntad
> Adam Alter
> Profesor de NYU

Adam Alter

@AdamAlter
Profesor de Marketing en NYU. Autor de #Irresistible. Director de #creacionhumanidad. Jer ma

Desde: Nueva York, Nueva York, Estados Unidos
Unido desde: 2009

Sin embargo, los cosas que vigoran arrancado nuestro cerebro, nuestra capacidad de concentración, nuestra ceguera, algunas obras maestra de TikTok, "crecen los dos segundos de fémes ephémes de chocolate. Ilimada desde la perspectiva de un neuólonlo de una hoodie de ebrillo blind", o los "ser segundos de un pero que pasan a toda velocidad, ellos, ellos, ellos

Peter Thiel y Elon Musk, en una imagen de archivo de 1999, cuando se unieron para impulsar PayPal (AP)

El tecnolibertarismo también se ha ajustado a la perfección a la clase de aislamiento social que acompañó al éxito de Silicon Valley a principios de la década de 2000. En especial, entre la mafia de PayPal (un grupo de fundadores e inversores iniciales ultrarricos que incluye a personas como Peter Thiel y Elon Musk), el tecnolibertarismo se ha fusionado con un culto muy concreto a la victimización y un pronunciado elitismo. Esos multimillonarios pueden ser populistas en sus impulsos, pero también son elitistas. Consideran idiotas a la mayoría de las personas con las que se reúnen e interactúan. Su hiperindividualismo es, por lo tanto, un individualismo solo para ellos y para personas como ellos: es el individualismo del terrateniente o del paterfamilias.

Otra contradicción surgió de la disonancia cognitiva a medida que la alta tecnología se convertía en un gran negocio y en una forma de lo que llegaría a conocerse como "liderazgo intelectual". En Estados Unidos, suele bromearse con el elemento de autoengaño existente en muchas posturas libertaristas: jóvenes lectores de Ayn Rand que hablan de autosuficiencia mientras conducen un coche que les compraron sus padres. Con una tendencia a subrayar ciertas formas de dependencia y socialización mientras excluye otras acerca de las cuales considera que son *naturales* o que no vale la pena hablar: así se ha convertido Silicon Valley en el gigante que es hoy.

Según su propia imagen durante gran parte del siglo XXI, esas compañías representan una ruptura decisiva con el pasado. Se consideraban rebeldes insurgentes, una forma nueva y disruptiva de capitalismo, capaz de ganar dinero y, al mismo tiempo, *hacer del mundo un lugar mejor*. La imagen que tienen de sí mismas es errónea por partida doble: hace tiempo que sabemos lo vacuas e instrumentales que son sus promesas; y no hay que olvidar tampoco las hondas raíces que tienen esas empresas en el capitalismo de Estado estadounidense.

## Las 'family offices'

Silicon Valley surgió gracias al dinero del Departamento de Defensa tras la Segunda Guerra Mundial. Su moderno sistema de capital de riesgo se desarrolló cuando un rector de Stanford trasladó a Palo Alto *family offices*, es decir, oficinas de inversión para la clase plutocrática de Estados Unidos. Y Silicon Valley se convirtió en una obsesión mediática al tiempo que las promesas de los mercados inmobiliarios y financieros estadounidenses empezaban a convertirse en pesadillas. Por supuesto, nada de todo esto supone necesariamente que una persona que trabaja en dicho sector no pueda decidir que adopta una filosofía de independencia radical. Aunque sí que introduce ciertos puntos ciegos analíticos. Silicon Valley es profundamente alérgico a la idea de que no es más que una extensión de las turbulencias del capitalismo financiero estadounidense y de la capacidad estatal para la violencia. El tecnolibertarismo es esa alergia convertida en neurosis.

> **Los tecnolibertarios se consideraban rebeldes insurgentes, una forma nueva y disruptiva de capitalismo, capaz de ganar dinero y, al mismo tiempo, 'hacer del mundo un lugar mejor'**

Tales puntos ciegos se han agudizado con el paso del tiempo y a medida que el tecnolibertarismo ha ido saliendo de los confines de regiones y sectores específicos. Ya hace diez años era posible encontrar empleados de (entonces) Facebook o (entonces) Twitter hablando de sus productos con mucha más sensatez y mucha menos arrogancia que los políticos de los partidos liberales de toda Europa, que parecían dispuestos a adoptar cualquier moda pasajera siempre que perjudicara a los sindicatos y al Estado administrativo. Y así el genio se escapó de la lámpara: el tecnolibertarismo se convirtió en una postura que se podía adoptar sin saber nada de tecnología. Sus promesas importaban mucho menos que el daño que se podía causar con él.

## Tecnolibertarismo contradictorio

Para ver hasta qué punto el tecnolibertarismo representa otra vez un conjunto específico de fusiones o coaliciones, vale la pena observar el desarrollo de la red mundial. Como ha demostrado la investigadora de Stanford Becca Lewis, el proselitismo inicial de internet combinó un alegato en favor del anarquismo tecnológico (el *ciberpunk* que navega por el *ciberespacio*) con un alegato en favor de la autoridad estatal (la *superautopista de la información*, una metáfora que se basaba en algunos de los monumentos estadounidenses más visibles y duraderos a la inversión y el control estatales) e incluso del conservadurismo de los valores patriarcales. Cruzados antifeministas como George Gilder se reconvirtieron en futuristas pro internet en la década de 1990, y sostuvieron que internet reuniría a la familia nuclear en torno al "ordenador familiar", permitiría la educación de los niños fuera de las instituciones educativas y que la madre pudiera trabajar desde casa, tal y como Dios había querido.

Al final, el tecnolibertarismo nos ha dado personajes como Elon Musk. Un hombre que se declara "absolutista de la libertad de expresión" y al mismo tiempo controla con puño de hierro lo que se dice en la plataforma de redes sociales de la que es dueño hasta el punto de prohibir la palabra *cisgénero*. Alguien que parece pensar que los gobiernos y las leyes son anticuados, pero que con frecuencia responde diciendo que las personas que denuncian sus actividades o las de sus amigos "han infringido la ley". Alguien que ha inventado castillos en el aire, como el Hyperloop (transporte por un tubo casi al vacío), con el único fin de poner de manifiesto su falta de fe en el aparato del Estado, pero cuyas empresas funcionan en gran medida gracias a las generosas ayudas públicas. No es en absoluto casual que muchas compañías de un sector que había surgido de una sana desconfianza en el gobierno acabaran adoptando el *Führerprinzip*.

Max Stirner tiene en su ensayo *El único y su propiedad* publicado en 1844 una frase famosa: "Nuestros ateos son gente piadosa". Es importante señalar que, de un modo similar y a pesar de la concepción que tienen de sí mismos, nuestros tecnolibertarios creen con firmeza en ciertas tradiciones, ciertas jerarquías, ciertas vacas sagradas. Es la razón por la cual Elon Musk, Peter Thiel y otros están tan obsesionados con la "cultura de la cancelación"; la razón por la cual esa clase de los multimillonarios tecnológicos (que, aunque no es particularmente de izquierdas, vive en una de las zonas más izquierdistas de Estados Unidos) ha vivido el #MeToo y el "Black Lives Matter" como una afrenta. Están profundamente apegados a las ficciones de su propio mérito. Según ellos, el sistema que los ha producido, sea cual sea, está basado en el esfuerzo y el mérito individuales; y el sistema que genera resistencia o críticas contra ellos, sea cual sea, constituye un pensamiento de grupo ilegítimo y peligroso. No se trata tanto de una incoherencia como del fundamento de todo. La fría e inflexible lógica del mercado para los otros, pero la cálida cuna de la protección establecida para uno mismo.

***Adrian Daub es profesor de la Universidad Stanford y autor de 'What Tech Calls Thinking: An Inquiry into the Intellectual Bedrock of Silicon Valley'***

**Etiquetas** • Ayn Rand • Elon Musk • Peter Thiel

Cargando siguiente contenido...



© La Vanguardia Ediciones, SLU Todos los derechos reservados.

Quiénes ... ino ético

monday.com
Tus proyectos merecen algo mejor
Muéstrame cómo